

# Últimos archivos secretos de Sherlock Holmes

Edición de David Felipe Arranz

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



Últimas extraordinarias  
aventuras del Sherlock Holmes apócrifo





# Últimos archivos secretos de Sherlock Holmes

Grandes Clásicos

Anónimo

# Últimos archivos secretos de Sherlock Holmes

Edición e introducción de David Felipe Arranz



Primera edición: noviembre de 2021

© de la introducción y de la edición: David Felipe Arranz, 2021

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021  
c/ Flamenco, 26 - 28231- Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FC

ISBN: 978-84-124545-1-2

Dep. Legal: M-28606-2021

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *El rey de los detectives*, © Flavia Damiano, 2021

© de las ilustraciones: herederos de Alfred Roloff, 2021

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# APOSTILLAS

## A UN HOLMES APÓCRIFO

*(introducción)*

Presentamos al lector una nueva entrega de la serie de los archivos apócrifos de Sherlock Holmes, una gozosa creación «bastarda» de comienzos del siglo xx<sup>1</sup> cuya reedición acometemos ahora y cuya autoría hemos atribuido al polaco Kurt Matull y al alemán Matthias Blank. La cuestión del conocimiento de la existencia de estas novelitas por entregas por parte de Arthur Conan Doyle a través de su agente en Alemania Robert Lutz, que se limitó a conseguir que quitaran el nombre del ínclito personaje de la cubierta, mientras que continuó existiendo como tal en estas aventuras no autorizadas, sigue sorprendiendo a los estudiosos del canon «holmesiano».

---

1 Se trata de doscientas treinta entregas del pastiche *El detective Sherlock Holmes y sus más famosas aventuras*, publicadas anónimamente en Berlín con ilustraciones de Alfred Roloff por la editorial Verlagshaus Für Volksliteratur Und Kunst, entre 1907 y 1912. Ver los prólogos de las dos entregas anteriores en Funambulista.

Si para Marcello Truzzi el héroe de Conan Doyle es un «experto en psicología social aplicada», para Jaakko y Merrill B. Hintikka estaríamos ante un personaje que simbolizaría la lógica moderna, la búsqueda de información a través de preguntas. Wulf Rehder va más allá y lo denomina «el detective filósofo», porque «llega al corazón del filosofar [...], a maravillarse por el significado de las cosas».<sup>2</sup> Lo cierto es que Sherlock Holmes es a la vez el personaje creado y desarrollado por Doyle, casi diríamos que un superhombre sin fisuras, y todos los Holmes que después vinieron, acaso en notables creaciones y recreaciones que la academia ignora, pero que tuvieron una importante repercusión, como ya hemos apuntado en los otros títulos de esta colección.

Las fechas de aparición de sus traducciones en España de estos cuatro nuevos relatos fueron las siguientes: «La querida del fiscal», publicado el 14 de enero de 1910; «Genio y locura», que salió de imprenta el 21 de enero también de 1910; «El robo del diamante azul», impreso el 14 de marzo de 1911; y «El vendedor de cadáveres», de 25 de abril de 1911. Este Sherlock Holmes apócrifo, escrito con la urgencia de la entrega semanal, vive en algún episodio en Victoria Street, si bien en otros relatos su domicilio se encuentra en su ubicación original de Baker Street; ya sin Watson, se hace ayudar de un joven discípulo, Harry Taxon; y es atendido en el menudo del día al día por su ama de llaves, la señora Bonnet.

Ante nosotros emerge aquí lady Likeness, una atractivísima villana que rivaliza con el propio Holmes en poder mental y astucia, capaz de seducir a un joven fiscal y de asesinar a su primo, un lord inglés de mucho renombre, y cuya máxima es toda una carta de presentación: «El que tiene en su conciencia el peso de un pecado

---

2 Eco, Umberto y Sebeok, Thomas A. (Eds.). *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*. Barcelona: Lumen, 1989.

enorme lo mejor que puede hacer es entregarse por completo al diablo». Lady Likeness, una *femme fatale* que comanda una banda de delincuentes y tiende trampas acuáticas a la altura de las que le tendieron al detective Lew Harper en *Con el agua al cuello*, trata de huir de Londres por el Támesis a bordo del Business, y Holmes, tras escapar varias veces de la muerte, será capaz de seguirlos hasta una apartada isla de América del Sur. La malvada incorregible se escapa seduciendo probablemente a sus guardias, pero no sabemos si murió en una gélida prisión de Siberia como inglesa deportada o sobrevivió llevando a cabo importantes estafas, en un desenlace digno de Lawrence Kasdan y *Fuego en el cuerpo*. Porque los personajes de Matull y Blank tienen, ante todo, cuerpo y son capaces de irse esponjando a través de estas páginas con el color de la delincuencia, de los bajos fondos, de la culpa y del engaño. «A la mujer que roba la delata su rostro», piensa Holmes en otro de los relatos aquí contenidos y de ambiente neoyorquino. Ciertamente, el estereotipo manda aquí, los lectores de comienzos de siglo querían leer en la literatura de kiosco la confirmación de sus creencias populares, pero no por ello vamos a infravalorar estos textos.

La audaz sustracción del celeberrimo «diamante azul», valorado en veinte mil libras esterlinas —casi parte del patrimonio nacional—, a la joven lady Diana Canbury en el corazón de Londres, con recompensa de mil quinientas libras a quien ayudase a capturar al ladrón, desata una intriga con el telón de fondo del eterno tema de la fidelidad dentro del matrimonio —una indiscreta y comprometedor carta de amor— y los celos, «el monstruo de ojos verdes» que menciona Shakespeare en el Acto III de *Othello*, un tópico que ya exploró Alexandre Dumas con la reina Ana de Austria y el duque de Buckingham en *Los tres mosqueteros*. Hay detalles «holmesianos» verdaderamente deliciosos y etopéyicos del

personaje: en «El robo del diamante azul», Holmes se tiende en el sofá, contempla «las nubes de humo que se formaban en círculos y espirales» mientras aguanta la pipa en la boca porque «lo obligaba a una semivigilancia a la cual estaba ya habituado». Más adelante, se describe su aplomo y serenidad, su semblante cubierto «con aquel viso de impassibilidad que quintuplicaba las fuerzas del célebre detective en los momentos de apuro», así como su enorme fuerza ante la adversidad: «esta nueva complicación decuplicaba la energía de este hombre extraordinario». Observaciones sociales como las que hace lady Diana, «lo que a mí me ha sucedido es la historia de casi todas las jóvenes antes de casarse».

También este Holmes viajará en «Genio y locura» hasta los bajos fondos de Nueva York, donde se verá inmerso en una trama ciertamente de tintes antisemitas y donde se dedica a perseguir en principio a los asesinos que se ocultan en los bosques del Oeste de Norteamérica, con su traje de burgués «tirando a acomodado». Holmes sigue de cerca a los judíos pobres y de clase media, algunos rusos y polacos, a los que los anónimos autores califican de gente «poco escrupulosa», llegando al extremo de advertir al lector, en un arrebato xenófobo que nos sitúa a sus autores en un espectro ideológico anti-judaico, que «debemos avisar que aquellos judíos eran de lo más vil que produce su raza», descripción que no se compadece ni se corresponde con las últimas noticias que se tienen del escritor polaco Kurt Matull, que trabajaba escribiendo guiones a las órdenes del cineasta judío Siegfried Dessauer, deportado finalmente en el Berlín nazi. En este relato, el rico Goldenberg, que maltrata a su mujer Esther y la acusa de robarle su dinero, encarna la usura pérfida, la miseria del tipo judío creado por la propaganda antisemita.

Volvemos a destacar que este Holmes muestra constantemente arrebatos de humanidad: «Un detective ha de ser como un médico,

que no se contenta con poner todo cuidado en el enfermo mientras está en lo peor de su enfermedad, sino que lo vigila también en la convalecencia para evitar una recaída», explica este Holmes para dar a entender su preocupación por sus «clientes» más allá del caso en cuestión. Disfraces, escaramuzas por las estrechas calles de Londres, trampas mortales, el cazador cazado... El estilo folletinesco está servido. Ciertamente, no son los relatos del canon oficial, pero Matull y Blank también nos refieren las tormentas interiores del personaje en medio de la gran burguesía europea, a las puertas de la I Guerra Mundial; tomaron el modelo y en una suerte de *spin-off* de novela barata, de gran consumo, le dieron nueva y paralela vida a un detective cuasi-perfecto, difícil sin duda como creación y que no dejó de ser un mito incómodo hasta para el propio Arthur Conan Doyle.

Con estos *Últimos archivos secretos de Sherlock Holmes*, lejos de cerrarla, dejamos la puerta abierta al novelón burgués, con sus adulterios, infidelidades y asesinatos, en el que naufraga la sociedad misma, víctima de su codicia y de sus bajas pasiones; hubo, sí, un momento en que Europa conoció una verdadera y diáfana apoteosis de la novela popular y dos ágiles y herméticos escritores por encargo aprovecharon como tantos otros esa coyuntura, antes del advenimiento de las vanguardias. Pero esa ya es otra cruzada literaria.

DAVID FELIPE ARRANZ

En Madrid, a 1 de octubre de 2021



# Últimos archivos secretos de Sherlock Holmes



# LA QUERIDA DEL FISCAL

## UN MISTERIO INSONDABLE

Era el día después de un gran baile celebrado en la casa. La servidumbre sabía que después de estas fiestas suntuosas los señores acostumbraban a dormir hasta hora avanzada, pero era ya mediodía y ni lord Dempson ni su esposa lady Maud habían dado señales de vida.

—Con precaución voy a ver si consigo descubrir algo en el cuarto de los señores desde el balcón —dijo el más viejo de los criados a los demás, que estaban impacientes.

El anciano servidor Mathias Elgood cruzó cautelosamente varias habitaciones hasta llegar al balcón desde el cual podía observar la habitación de los señores. Las cortinas de esta estaban corridas y nada se podía desde allí descubrir; ningún indicio de que los señores estuvieran despiertos. Pero, fijando más la atención y atisbando por una rendija de los postigos, vio algo que le dejó helada la sangre.

—¡James! ¡Henry! —exclamó, corriendo hacia dentro.

—¿Qué hay? —le preguntaron estos yendo a su encuentro.

—¡Dios del Sinaí! ¡Sangre! —exclamó el viejo, asustado.

Los demás lo siguieron y pudieron mirar por la misma grieta que había servido a Elgood para mirar.

—¡Un crimen! —dijo uno—. Forcemos las puertas, quizá estén aún con vida y necesiten nuestro auxilio.

—Nada de eso —replicó el anciano—; ante todo debemos dar aviso a la policía.

Y con voz llorosa ordenó a uno de ellos que fuese a buscar a los agentes, otro, al juez, y otro, al médico.

Él, entretanto, se quedó cerca de la puerta de la habitación del supuesto crimen, sin poder formarse idea de lo que podía haber ocurrido. Después de un rato, oyó pasos en las otras habitaciones, lo cual le indicaba que ya estaban allí los avisados. Así era en efecto.

Uno de los policías, viendo que era imposible abrir la puerta, exclamó:

—¡Hay que ir en busca de un cerrajero!

Entre los llegados se hallaba también el célebre detective Sherlock Holmes, el cual, cuando llegó el cerrajero, le dijo, cogiéndole los instrumentos:

—Permítame abrir a mí mismo la puerta con mucho cuidado.

Ninguno de los presentes se atrevió a objetar una palabra. Al cabo de unos segundos, se encontraban en la habitación. El espectáculo que se ofreció a su vista era horroroso.

Encima de la cama se hallaba el cadáver del lord en medio de un charco de sangre. El cubrecama aparecía teñido de rojo. El cerebro había saltado del cráneo y la cara estaba horriblemente deformada. Esto demostraba que se había sostenido una lucha encarnizada.

Sherlock Holmes suplicó que no entrase nadie en la habitación, para no borrar las huellas, indispensables para aclarar el crimen.

La dama estaba también muerta al lado del lord; tenía en el cuello un sencillo cordón de seda.

—El médico, señores —dijo Sherlock Holmes—, nada tiene que hacer ya aquí. Ustedes, señores agentes, no permitan que nadie salga de la casa.

Entonces empezó el registro. Examinó puertas y ventanas, el suelo, en fin, todo lo que pudiese revelar una huella. Todo fue inútil: no había ningún indicio que lo ayudara a descubrir al criminal.

En el mismo misterio aparecía envuelta el tipo de muerte que habían sufrido ambos esposos. El cordón del cuello de la señora tenía la forma de un nudo corredizo. Con auxilio de una lupa examinó la alfombra, pero ni la más ligera huella se podía descubrir en ella. El asunto era verdaderamente enigmático.

En cuanto a una entrada por la chimenea, era imposible, pues la madera y el carbón allí acumulados no podían dar acceso a un cuerpo humano.

Sherlock Holmes creyó tener ante sí, por primera vez en su vida, un impenetrable misterio.

Los agentes se llevaron luego los cadáveres, el médico certificó su defunción y las puertas de la casa fueron selladas.

## EL HECHIZO DE LA HERMOSURA

Lady Likeness, prima del lord asesinado, daba aquella noche un gran baile en su villa.

Entre los huéspedes se hallaban Sherlock Holmes y un joven fiscal llamado Charles Whitely, los cuales estaban sumidos en un interesante diálogo.

—¡Qué hermosa es milady! —exclamó el fiscal, dirigiendo una mirada de pasión a la hermosa dueña.

El detective sonrió. A su edad se podía perdonar esa fogosidad propia de la juventud.

Charles Whitely había llegado hacía poco de provincias para ser destinado a Londres. La mejor sociedad del barrio se reunía aquella noche en casa de la encopetada lady. Muchas damas habían rogado al joven fiscal para que las acompañase a bailar, pero él no había aceptado; eso no cuadraba con la seriedad de su profesión, según entendía el joven.

De pronto el detective le dijo:

—Lady Likeness tiene siete años menos que usted; es muy rica. No me parece mal partido para usted.

Whitely se ruborizó.

—Usted bromea —dijo—. Dejando aparte las otras cualidades de esta mujer, la verdad es que su hermosura me seduce, pero la dama parece poner en ella mucho precio.

—Lo dudo —contestó Sherlock Holmes—. Si fuese así, no lo habría invitado a esta fiesta.

El joven hizo un gesto significativo.

—Es verdad, pero permítame que le pregunte si ha sido usted invitado por la dama o lo ha traído aquí su profesión.

—He venido solo para divertirme —contestó Sherlock Holmes—. A mí también me deslumbra la hermosura de esta mujer. Estoy seguro de que ella se daría por muy satisfecha pudiendo llevar el nombre de usted.

—¡Señor Holmes!

—No, señor; no es una broma. No digo jamás una cosa sin estar completamente seguro de ella. Milady muestra gran interés cuando se habla de usted.

Los ojos del joven brillaron.

—Esta afirmación me hace feliz —contestó, halagado.

—Es completamente cierto —contestó Sherlock Holmes.

—¿Conoce usted la vida íntima de milady?

—Lo que sabe todo el mundo. Lady Likeness es la prima del lord muerto hace medio año, y cuya gran fortuna la adquirió toda milady, pues era la única heredera; gracias a ella, construyó este palacio. El infeliz mortal que con ella se case será de los más ricos de Londres.

—¿No tiene parientes?

—No.

—¿Y su tutor?

—Fue asesinado junto con su mujer.

Whitely miró al detective como interrogándolo.

—¿Quién fue el asesino?

—Un desconocido —respondió Sherlock Holmes, encogiéndose de hombros—. Hasta ahora no se ha podido descubrir la menor huella respecto al asesinato.

—Entonces debería investigar usted sobre el caso —dijo con gran excitación el fiscal.

—Señor fiscal, hace tiempo que me encargo de ello, pero, por primera vez en mi vida, me encuentro ante un misterio impenetrable.

—Es incomprendible.

—Pero no por eso menos cierto.

—¿Y ha venido usted aquí siguiendo quizá una pista del crimen? ¿En esta casa?

—¿Quién le dice a usted tanto? —replicó Sherlock Holmes—. Le repito que he venido solo a divertirme.

—A pesar de todo, aprovecha usted el tiempo lo mejor posible incluso esta noche. No quiero negar que la hermosura de esta mujer tenga algo que me magnetiza y me atrae poderosamente, pero no quiero que sus encantos hagan mella en mi corazón antes de que no se haya descubierto quién fue el asesino del matrimonio.

En ese momento salió la aludida de un tocador y se acercó a ellos.

—¿No baila usted, señor fiscal? —le preguntó con voz melodiosa—. ¿Por qué no?

—¡Señora! Un fiscal... —contestó el joven algo impresionado por la pregunta y con cierto énfasis.

—¡Qué locura! —respondió ella—. ¿Por qué no debe bailar un empleado tan digno? Le suplico que me coja el brazo y venga a la sala de baile.

Whitely la miró sorprendido. El galante ruego de la seductora criatura había acabado por hacer el efecto querido.

—La obedezco, milady —respondió cogiendo su brazo.

La hermosura y la delicadeza de la dama hechizaban al joven empleado del Estado. El timbre de su voz cautivaba. Sí, Sherlock Holmes no se equivocaba: aquella mujer lo apreciaba, lo amaba, quizá con loca pasión...

Entraron en el salón de baile.

Los acordes de la selecta música dieron a los dos jóvenes la bienvenida; pronto se confundieron con las demás parejas. Ella apoyó delicadamente la cabeza en los hombros del magistrado. Este no veía nada de lo que sucedía a su alrededor, a pesar de las mil luces que iluminaban la estancia.

Sherlock Holmes entró pausadamente en la sala de baile. Con severa mirada siguió los movimientos de la pareja y de pronto acudió a su mente este pensamiento: «He aquí la pista del asesino del matrimonio Dempson». ¡Se trataba ahora de dar definitivamente con el culpable!

### SOSPECHA FUNDADA

El fiscal Whitely estaba en su escritorio. Aquel día, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía estar atento a su trabajo. Por más que lo deseaba, no podía borrar de su mente el recuerdo de la hermosa lady; también la muerte del matrimonio Dempson lo sumía con frecuencia en profundas meditaciones.

Lo que más lo intranquilizaba era que Sherlock Holmes hubiese asistido al baile. Su visita allí tenía seguramente un fin determinado: conocía suficientemente al detective para creer que sin una idea preconcebida, que únicamente por capricho, no hubiera asistido a la fiesta.

Sumido estaba en estas meditaciones cuando el criado le anunció la visita del famoso detective. Esto le venía de perilla.

—¿Y bien? —le preguntó con impaciencia—. ¿Ayer descubrió algo?

—La cosa no es tan fácil como parece —replicó Sherlock Holmes.

—¿Qué quiere decir? ¿Tiene ya alguna sospecha? ¡Ya supuse que no era solo el placer el objeto de su asistencia al baile!

—Si usted me lo permite, guardaré silencio sobre el asunto. Estoy siguiendo una pista que quizá me dé resultados positivos.

—Señor Holmes, comprenda que yo no voy a hacerle competencia y que no voy a comunicar a nadie lo que me diga.

—¡Señor fiscal!...

—Señor Holmes, tengo fundamento para mis preguntas, y como lady Likeness abandonará dentro de poco la ciudad, debo estar al corriente de su conducta.

—Perdone, señor Whitely, pero la dama piensa ir a habitar la casa de sus difuntos primos y ni por un momento ha tenido la intención de partir.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Lo sé con seguridad —respondió—. ¿Y cómo sabe que sospecho de la señora?

El joven cambió de color.

—Porque ayer fue usted a su casa para observarla.

—¿No podía ser que fuese por otras personas? Permítame repetirle que de momento no puedo comunicarle nada y que mi visita aquí tiene por único objeto hacerle saber que me ausento de Londres por unos días.

—¿Se va de viaje?

—Durante algún tiempo pretendo no ser visto en Londres.

—Esto significa que no parte usted.

—Así es. He venido para pedirle un favor: que me firme una orden de arresto.

—¿Una orden de arresto? ¿Para quién?

—¡Contra lady Likeness! —Whitely quedó como petrificado, sin saber qué responder—. Creo que —siguió Holmes—, ante todo, hay que observar la igualdad para todas las clases sociales, y que se pueda prender lo mismo a un noble que a un pobre diablo.

—La igualdad existe ya ante la ley —replicó Whitely con ira—. Este insulto que acaba de proferir no está justificado. Co-

muníqueme su sospecha y, si yo la encuentro fundada, podrá hacer lo que quiera.

—Señor fiscal, soy incapaz de inculpar a nadie sin estar seguro de la verdad. Yo le prometo, que una vez que la dama esté presa, justificaré plenamente mi conducta o daré explicaciones por mi error. Usted se interesa por lady Likeness porque pertenece a la alta aristocracia. Por mi parte, si puedo obrar libremente, estoy seguro de que puedo llegar a un resultado positivo.

—¡Nada de esto! —exclamó Whitely—. Aunque fuese mi hermana, no la protegería. Yo quiero solo conocer su sospecha; quizás pueda ayudarlo. Hable, señor Holmes...

—No, si yo hiciera esta revelación, pondría en peligro mi persona y el éxito de mi empresa. No, señor Whitely, es mucho mejor mantenerse callado. Yo solo sé que todo buen juez debe servir fielmente al cumplimiento de la justicia —añadió significativamente.

El fiscal se mordió los labios.

—Puede usted marcharse —dijo—. Yo no le firmo anticipadamente ningún escrito. Si quiere que le firme una orden de arresto, debe ser mediante las formalidades necesarias.

Holmes no pudo reprimir una sonrisa de burla. Y, sin decir una palabra, abandonó la habitación...

\*\*\*

La casa que había sido habitada por lord Dempson estaba situada en medio de un jardín.

A altas horas de la noche entraba en ella un hombre, al parecer un obrero, el cual, después de atravesar el jardín, cerró tras de sí las puertas haciendo otro tanto con la del interior, y dirigiéndose

luego a las habitaciones que habían sido habitadas por el difunto matrimonio.

Era Sherlock Holmes, que se había disfrazado de aquella manera para pasar inadvertido a todo el mundo, ya que para llevar a cabo sus planes necesitaba no ser visto.

Entró en la habitación del crimen, empezando por décima vez un examen detallado cuyo resultado fue el mismo. Al detective le parecía imposible que un criminal entrase y saliese de una estancia sin dejar la más mínima huella.

Estaba ya desesperanzado cuando recordó un episodio ocurrido la noche del baile entre él y lady Likeness.

Aquel día, mientras pasaba por las estancias, se había fijado en un cuadro que representaba una mañana de otoño en el campo. El detective lo había observado mucho rato por su belleza. De pronto había visto que entre la pared y el marco había una pequeña telaraña. Iba a matar con los dedos al animal que aparecía en el centro de la red, pero con gran asombro había visto que, al tocarlo, no se movía. Mirando con más detenimiento había descubierto entonces que la pequeña araña era simulada con tal arte que incluso el más ducho se habría engañado. Había lanzado una mirada a su alrededor con la intención de quitarla de allí, pero, en aquel momento, había llegado la dama, que, apartándole repentinamente el brazo, había exclamado indignada:

—¿Qué quiere hacer? No toque el cuadro. Es una obra de arte y un recuerdo. No lo destruya.

Holmes se había disculpado y ya se disponía a abandonar aquella estancia, pero milady lo había retenido para darle explicaciones:

—Es único en su género y es una copia del que está en la habitación de mi difunto tutor.

Estas palabras habían llamado la atención de Sherlock Holmes, que, reflexionando sobre ello, recordó, en efecto, haber visto un gran cuadro en la habitación del señor Dempson, pero no una telaraña.

La dueña de la casa lo había dejado solo para ir a conversar con el joven fiscal y, aprovechando esa situación, Sherlock Holmes había visto que, apretando con fuerza el animalito, se ponía en movimiento un mecanismo y aparecía una puerta, oculta tras el cuadro, que conducía a un estrecho y largo pasillo.

Poco le importaba eso en aquel momento. Estaba más interesado en la afirmación de la señora de que en la habitación de su difunto primo se hallaba el original del cuadro.

Si el original contenía también el mecanismo de la araña, el misterio estaba esclarecido. Pronto daría con el autor del crimen, porque lady Likeness lo conocía indudablemente, pues estaba enterada de aquel mecanismo. Inmediatamente se había propuesto visitar a la noche siguiente la casa del difunto lord, como así lo hizo, disfrazado de obrero.

Sus miradas escudriñadoras se fijaron en el cuadro, en cuyo marco se encontraba también, en efecto, una copia de la telaraña. Inmediatamente apretó la araña. Nada se movió.

«¿Es posible?», se dijo, y de nuevo apretó con más fuerza y entonces el cuadro se movió. Estaba ya seguro de que aquel era el camino que había tomado el asesino, o los asesinos.

Detrás de la abertura había un espacio vacío y oscuro y, sacando de su bolsillo una linterna eléctrica, alumbró un estrecho camino por entre dos muros. Avanzó por él.

A los pocos pasos, oyó de súbito que se cerraba la puerta secreta del oscuro camino.

Retrocedió rápidamente, pero la salida había desaparecido. La puerta se había cerrado y Sherlock Holmes quedaba atrapado.